

Por qué me encanta el mormonismo

Why I Love Mormonism

Simon Critchley

Partiendo de su experiencia con los mormones y el posterior estudio de sus textos, el autor hace un esbozo de la teología mormona. Nos habla, usando el humor, de las teorías de Joseph Smith sobre la encarnación, la pluralidad e inmanencia de Dios y la exaltación; de su relación con el Cristianismo y la cultura americana, y de las consecuencias prácticas de estas teorías. Finalmente, caracteriza al Mormonismo como postcristiano, dando razones para tomarlo en serio.

Based on his experience with the Mormons and the subsequent study of their texts, the author draws a sketch of Mormon theology. Using humor, he talks us about the theories of Joseph Smith about incarnation, the plurality and immanence of God and exaltation; of his relations with Christianity and American culture, and the practical implications of these theories. Finally, he characterizes Mormonism as post-Christian, giving reasons to take it seriously.

*Fecha de recepción: 14 de septiembre de 2011
Fecha de aceptación: 14 de septiembre de 2011*

Ya he pasado casi nueve años en la ciudad de Nueva York. Está siendo una auténtica gozada. Pero los prejuicios que los neoyorquinos se permiten expresar en público es algo hacia lo que me he vuelto bastante susceptible. Entre mis amigos, hipercultos y enormemente liberales, las expresiones de racismo están completamente fuera de lugar, la islamofobia es acogida con leves movimientos de cabeza y el antisemitismo es un recuerdo asociado a lugares lejanos que uno puede visitar de vez en cuando, como Francia.

Pero el mormonismo es otra cosa. Es de lo más adecuado decir cosas carentes de fundamento sobre él en público, en barbacoas o donde sea. “Es una secta”, dice uno (“¿Con 13 millones de seguidores y subiéndolo?”, respondo); “La poligamia es repugnante e ilegal”, dice otro (“¿No se declaró ilegal en Utah en 1890, a pesar de que las cosas se

pusieron algo turbias?”), etcétera. Este es un prejuicio *informal*, muy distinto al odio visceral tan extendido durante las primeras décadas del mormonismo: cabe recordar que Joseph fue muerto a tiros por una turba furiosa que irrumpió en la cárcel donde estaba detenido el 27 de junio de 1844, síntoma más bien de una desconsiderada falta de interés.

Ciertamente, algo *extraño* ocurre con el mormonismo, con el hecho de que la simple mención del *Libro de Mormón* provoque sonrisas, motivo por el cual su elección como nombre del espectáculo de más difícil acceso de Broadway fue una jugada de gran astucia. Como un estudioso del mormonismo señaló una vez, no se necesita leer el *Libro de Mormón* para tener una opinión sobre él.

Pero de vez en cuando, durante una de esas veladas de Nueva York, cuando el prejuicio

Simon Critchley es profesor de Filosofía en la New School for Social Research de Nueva York. Su obra, internacionalmente reconocida, recorre todos los ámbitos de la filosofía contemporánea, las relaciones con la literatura y el cine y el psicoanálisis y las repercusiones políticas. Su último libro es The Faith of the Faithless (2012). El Observatorio de Ciudadanía y Estudios Culturales de la UIMP de Valencia le dedica su quinta serie en 2012. Este artículo se publicó el 16 de septiembre en The New York Times. La Torre del Virrey agradece al autor el permiso para su traducción.

Palabras clave:

- Mormonismo
- Teología
- Exaltación
- Encarnación
- América

Key Words:

- Mormonism
- Theology
- Exaltation
- Incarnation
- America

antimormón es expresado y reiterado, y tal vez me siento momentánea y poco mormónicamente envalentonado por el vino, empiezo a intentar compartir mi escaso entendimiento sobre Joseph Smith y mi fascinación por los Santos de los Últimos Días. Tras unos 45 segundos, a veces menos, se pone de manifiesto que el prejuicio se basa en la pura ignorancia de las singulares maravillas de la teología mormona. “En cualquier caso, son todos republicanos”, dicen como conclusión; “si no, mira a ese Mítbot Romney. Es un alienígena”. Como yo mismo soy un alienígena, encuentro este sentimiento irreflexivo antimormón algo desconcertante.

Lo cual me ocurre, sobre todo, porque mi experiencia con el mormonismo fue algo distinta. Al principio de mis viajes filosóficos, cerca de la ciudad italiana de Perugia para ser más preciso, estuve en contacto con filósofos mormones —de hecho heideggerianos, ya que era en los años 80 cuando tales dinosaurios poblaban la Tierra— y llegué a conocerlos bastante bien. Eran de la Brigham Young University y las personas más amables, humildes y honestas que he conocido nunca. También eran divertidas, cálidas, auténticas, de mente abierta, ingeniosas y muy cultas. Nos hicimos amigos.

También había cierta desconfianza, por supuesto, quizás mayor en esa época. Recuerdo que una noche un amigo americano me condujo aparte y me dijo: “Ya conoces a ese tipo de la BYU. Dicen que es un obispo y que hace misas secretas”. “Y también come bebés”, repliqué.

Y aquí comienza una historia. A causa de mi entendimiento con esos filósofos de la BYU, en 1994 fui invitado a dar un ciclo de conferencias. Pasé más de una semana en Provo, en Utah. Siendo sincero, diré que la ausencia de caféina o cualquier otro estimulante fue dura. Pero la hospitalidad fue inmensa y todo el mundo me dio la bienvenida a su casa y me trató con gran cortesía y atención. Mi tema era el romanticismo y el argumento partía de la idea de que la extraordinaria explosión de energía creativa que asociamos con la poesía romántica surge de la insatisfacción con una visión del mundo religiosa, en particular, cristiana. La poesía se convierte en escritura secular. En otras palabras, el arte romántico anuncia la muerte de Dios, una idea que prende al final del siglo XIX. Es una historia familiar.

Las cosas fueron bastante bien. Pero justo al final de la conferencia, sucedió algo peculiar. El profesor de alemán de la BYU me hizo una pregunta. Dijo: “Lo que nos has estado contando esta semana sobre el romanticismo y la muerte de Dios, donde la religión se convierte en arte, está basado en cierta idea sobre Dios, la de que Dios es unitario e infinito. ¿No es así?”. “Sí —dije—, al menos dos de los predicados de la divinidad

son su unidad e infinitud”. ¡Dios! Entonces me dio una buena: “Pero ¿y si... —prosiguió— Dios fuera finito y plural?”

Ocultando mi leve estado de *shock*, contesté simplemente: “Te ruego que me ilustres”. Todos en la sala rieron, algunos con complicidad. Y con esto, el moderador cerró la sesión. Me dirigí enseguida a mi interrogador y le supliqué: “Cuentamé más”. Treinta minutos después, frente a una cola *light* sin caféina en la cafetería de la universidad, me explicó lo que subyacía a su pregunta.

“Verás —dijo el profesor—, en sus últimos sermones, Joseph Smith desarrolló algunas ideas verdaderamente radicales. Para empezar, Dios no creó el espacio y el tiempo, sino que está sujeto a ellos y es por tanto un ser finito. El Dios mormón es algo contenido por el universo y no su señor. El texto de referencia sobre esto es el asombroso *Sermón de King Follet*, llamado así por un miembro que acababa de morir y predicado en Nauvoo, Illinois, unos meses antes del asesinato del profeta. Reitera la pregunta, *¿Qué tipo de ser es Dios?*, y su respuesta es que Dios mismo fue una vez como nosotros somos ahora.” Se acercó más a mí y continuó en voz baja: “Si fueses a ver a Dios justo ahora, dice Smith, *justo ahora*, verías a un ser como tú, con la misma forma de un hombre. El gran secreto es que, con una lucha y un empeño heroicos, Dios fue un hombre que llegó a la exaltación y ahora se sienta en un trono en los cielos. ¿Ves?, Dios no fue Dios por toda la eternidad, sino que se *convirtió* en Dios. La otra cara de esta afirmación es que si Dios es un hombre exaltado, nosotros también podemos llegar a exaltarnos. El profeta dice a la compañía de los santos algo como esto: *Teneis que aprender a ser dioses. Podéis heredar el mismo poder y gloria que Dios y llegar a la exaltación como él*. En principio, puedes llegar a la estación de Dios. Uno de nuestros líderes resumió el *Sermón de King Follet* con las palabras: *Como un hombre es ahora, Dios fue una vez; Como Dios es ahora, el hombre puede ser*. Así que, querido Simon —concluyó el profesor— nosotros también podemos convertirnos en dioses, dioses americanos, nada más y nada menos”. Se rió entre dientes. Yo estaba atónito.

Con esas palabras, llegó para recogerme mi anfitrión, Jim, y tras una cena temprana en su casa, me llevó de vuelta a Salt Lake City para coger un vuelo nocturno a Chicago. Me quedé mirando el vasto cielo nocturno del desierto de Utah y pensando en lo que el profesor había dicho. Leí el *Sermón de King Follet* y todo lo que pude encontrar, en especial uno de los últimos sermones, sobre la pluralidad de dioses, ofrecido solo unos diez días antes de la muerte de Smith. Me deslumbró por completo. También robé una copia del *Libro de Mormón* del Hotel Marriot de Chicago y me abrí camino a través de él todo lo que pude.

Por supuesto, sabía que lo que el profesor me dijo era herético. El cristianismo se basa en el hecho de la encarnación. Hubo un rabino dios y hombre en la Palestina ocupada hace un par de milenios. Pero eso no significa que *cualquiera* pudiese pasearse proclamando su divinidad, como Joaquín de Fiore en el siglo XII, o más recientemente el añorado reverendo Sun Myung Moon. Hubo una sola encarnación. Dios se convirtió en hombre, fue crucificado y resucitó, y aún seguimos esperando su regreso. El Nuevo Testamento, en especial el Apocalipsis, deja bien claro que va a venir pronto. Aunque cierto es que ya ha pasado un rato.

Para explicar la consustancialidad de Dios y hombre en la persona de Cristo, san Agustín construyó el magnífico edificio teológico de la Trinidad. Las tres personas de la Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo) son distintas, pero participan en la misma sustancia. Tres en uno es uno en tres. Es un acto herético de arrogancia arrogarse la divinidad o reivindicar múltiples encarnaciones. Dios es de hecho unitario e infinito.

Joseph Smith no creía en nada de eso. Enseñó que Dios, el Padre y el Hijo eran sustancias separadas, todas ellas materiales. Haciendo mención directa a la Trinidad, Smith subraya: “Digo que este es un Dios extraño”, y continúa, en una línea que debió haber arrancado carcajadas allá en 1844: “Sería el Dios más grande del mundo. Sería un Dios maravillosamente grande, sería un gigante o un monstruo”. El Dios mormón no solo tiene menor tamaño que el Dios cristiano, sino que hay varios dioses en el mormonismo. En los últimos sermones, Smith habla varias veces de un concilio de los dioses que habría tenido lugar antes del comienzo del Libro del Génesis. Esto se basa en una interpretación bastante libre de varias palabras hebreas, las cuales acaban diciendo: “El Dios principal convocó a los Dioses y se sentaron en un gran concilio para crear el mundo”.

Pero esperen, las cosas se ponen aún más raras. Smith acepta que Jesucristo tuvo un Padre, que es Dios, pero continúa: “Tal vez supongáis que Él tuvo un Padre —y añade—: ¿Hubo alguna vez un hijo sin padre?” El sentido común contestaría: “No”, pero los cristianos deben responder: “Sí, lo hubo”. Es decir, que Dios creó a todas las criaturas, pero no fue él mismo creado. Dios es *causa sui*, una causa autocausante. Smith rechaza esa idea explícitamente: “Decimos que Dios mismo es un ser autoexistente. ¿Quién os ha dicho tal cosa?” Continúa: “Puedo proclamar con total tranquilidad que Dios nunca tuvo el poder de crear el espíritu del hombre. Dios mismo no se pudo crear a sí mismo. Dios no es una causa incausada, sino parte de la cadena de causación.

Esto recuerda algo a aquel gran momento que tuvo lugar en el turno de preguntas tras la confe-

Lo más interesante del mormonismo es que se toma muy en serio la doctrina de la encarnación. Tal vez demasiado en serio. Ha conseguido democratizarla

rencia de Bertrand Russell *Por qué no soy cristiano*, dada en el Ayuntamiento de Battersea en South London en 1927. Después de que Russell defendiese su ateísmo, una mujer le preguntó: “Lo que ha dicho el señor Russell está muy bien, pero se olvida de que el universo entero descansa sobre la espalda de una tortuga”. Casi sin inmutarse, Russell respondió, “Señora, ¿y sobre qué descansa la tortuga?” “Bueno —dijo—, de ahí para abajo todo son tortugas”.

Para Joseph Smith, de ahí para abajo todo son tortugas. Hay una regresión infinita de Dioses que se engendran unos a otros, pero que no engendran el universo. Esto es, la creación no es *ex nihilo* como en el cristianismo, en el que Dios creó el cielo y la tierra, como dice la Biblia al principio. Más bien, la materia precede a la creación. Esto hace que el Dios mormón se parezca al demiurgo del mito de creación pagano del *Timeo* platónico. El Dios mormón no crea la materia. Solo la organiza. Francamente, la organizó de forma bastante imponente.

Lo más interesante del mormonismo es que se toma muy en serio la doctrina de la encarnación. Tal vez demasiado en serio. Con tanta seriedad que, de hecho, han conseguido democratizarla en parte. Para los cristianos, la encarnación es un único salto de esquí de larga distancia desde lo divino a lo humano. Pero la encarnación según Joseph Smith se parecería más a una calle de dos sentidos, y en potencia, a una vía bastante congestionada. Si Dios se convierte en hombre, entonces el hombre se puede convertir en Dios. Y la palabra “hombre” debe entenderse aquí en sentido estricto. Las mujeres no pueden ser sacerdotes ni profetas ni aspirar a una divinidad exclusivamente masculina, lo cual me parece mezquino, vergonzoso y bastante estúpido. Pero es lo que hay. Y ni siquiera voy a entrar en el tema de la raza y la exclusión histórica de los negros del sacerdocio mormón hasta 1978.

El hecho es que varios hombres mormones se han convertido en dioses o pueden llegar a serlo. Ciertamente, Joseph Smith y Brigham Young; ciertamente, todo aquel que reclame el nombre de profeta; con bastante probabilidad, los líderes del LDS y, potencialmente, quién sabe. Es un pensamiento intrigante.

En el mormonismo existe una igualdad entre lo humano y lo divino, al menos en la extraordinaria teología que Joseph Smith esboza en el *Sermón*

Habiendo aceptado ser enviados al mundo, la tarea es exaltarnos de tal modo que también nosotros nos convirtamos en dioses

de King Follet. La divinidad es el objetivo del tan admirado esfuerzo mormón. Tal vez es el motivo por el que los mormones trabajan tan duro.

Smith dice, y aquí podemos ver con claridad la persecución que sufrió y que de hecho lo encarceló y mató: “Encontraron a Jesucristo culpable porque dijo que era el hijo de Dios, haciéndose par de Dios. Dicen de mí, como lo hicieron de los apóstoles de antaño, que debo ser abatido. ¿Qué dijo Jesús? ¿No está escrito en vuestra ley. Yo dije: Dioses sois ... ¿Por qué ha de ser una blasfemia que yo pueda decir que soy el hijo de Dios?”

Por supuesto, para los cristianos esa es la mayor blasfemia. Pero la visión mormona es muy particular. La idea es que dentro de cada uno de nosotros hay un espíritu, o lo que Smith llama “inteligencia”, que es coigual con Dios. Dice Smith en el *Sermón de King Follet*: “Los primeros principios del hombre son autoexistentes con Dios”. Esa inteligencia es inmortal. Continúa Smith: “Nunca existió un momento en el que no hubiera espíritus, porque son coiguales (coeternos) con nuestro padre en el cielo”. Si Dios no se pudo crear a sí mismo, entonces podría decirse que cada uno de nosotros tiene en su interior algo increado, algo que precede a Dios y que es divino.

Habiendo aceptado ser enviados al mundo, como los mormones lo plantean a veces, la tarea es exaltarnos de tal modo que también nosotros nos convirtamos en dioses. Dios padre fue solo un Dios de mayor fuerza e inteligencia, capaz de guiar a las inteligencias más débiles, como nosotros. Como lo expresa Smith de forma maravillosamente sensual, gustativa, de hecho, “Esta es una buena doctrina. Sabe bien. Puedo degustar los principios de la vida eterna, y vosotros también podéis”. ¿Quién no querría disfrutar del sabor de Dios o degustar cómo sería ser un dios uno mismo?

Las teorías heréticas del mormonismo, en particular la idea de algo increado dentro del ser humano, entusiasmaron al autoproclamado judío gnóstico Harold Bloom. Leí su maravilloso libro *The American Religion* (1992) poco después de mi viaje a Utah, y lo he releído hace bien poco con gran placer. Bloom ve el mormonismo como la expresión quintaesencial de una religión americana y hace una asociación controvertida entre la idea de la pluralidad de dioses y el matrimonio plural. El argumento es muy simple: si eres divino o tienes el potencial para serlo, y la divinidad es corpórea, entonces el matrimonio plural es el

modo de crear el máximo número posible de santos, profetas y dioses. De hecho, el matrimonio plural ha de ser visto como una obligación mormona: si la divinidad sabe tan bien, ¿por qué guardarse todo lo bueno para uno mismo? Extiende el gran amor. Tiene todo el sentido (al menos para los varones heterosexuales).

A su manera cuasiprofética, Bloom argumentó que el futuro pertenecía al mormonismo, concluyendo: “Profetizo con gusto que algún día, no muy avanzado el siglo XXI, los mormones tendrán el suficiente poder político y financiero para hacer legal de nuevo la poligamia. Sin ella, de una forma u otra, la visión completa de Joseph Smith no podría ser alcanzada”.

Tendría poco sentido decir que el mormonismo *no* es cristiano. Está presente en los artículos mormones de fe que fueron adaptados a partir de la famosa Carta Wentworth escrita por Smith en 1842. El artículo 1 dice: “Nosotros creemos en Dios, el Eterno Padre, y en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo”. Pero, como Bloom deja absolutamente claro, el mormonismo no es *solo* cristiano. La nueva revelación dada a Joseph Smith en sus visiones y la visita anual del ángel Moroni a partir de 1820 son un nuevo testamento para el nuevo mundo. El mormonismo es una religión americana, que, bella pero falazmente, concibe a los habitantes nativos del nuevo mundo como antiguos descendientes del viejo mundo, las tribus dispersas de Israel. El artículo 10 dice: “Creemos en la congregación literal del pueblo de Israel y en la restauración de las Diez Tribus; que Sión (la Nueva Jerusalén) será edificada sobre el continente americano”. No sé si el primer ministro Netanyahu ha leído este artículo de fe, pero podría tener ciertas consecuencias específicas para la política exterior de los Estados Unidos de ser elegido su gran amigo y coleguilla del colegio Mitt Romney.

El mormonismo es auténtica y poderosamente postcristiano, como es postcristiano el islam. Allí donde el islam, que también tiene un profeta, afirma la trascendencia de Dios, el mormonismo hace a Dios radicalmente immanente. Allí donde el islam unifica a todas las criaturas bajo un Dios poderoso al que debemos someternos, el mormonismo pluraliza la divinidad, haciéndola algo immanente y corpóreo, y haciendo de Dios un ser más frágil, confinado y finito. Obviamente, tanto el islam como el mormonismo tienen una relación compleja con la práctica del matrimonio plural.

Pero a diferencia del islam, para el que Mahoma es el último profeta, el mormonismo permite la revelación *continua*. En cierto sentido, esto es muy democrático, muy americano. El artículo 9 dice: “Creemos todo lo que Dios ha revelado, todo lo que actualmente revela y creemos que aún revelará muchos grandes e importantes asuntos pertenecientes al reino de Dios”. En principio, todo hom-

bre santo puede añadir algo a la reserva y cuento de nunca acabar de la revelación y llegar así a la exaltación. Desde el punto de vista del cristianismo, tanto el islam como el mormonismo son herejías y —si se es sincero sobre la propia teología y no se reduce la religión a un conjunto banal de clichés morales— deben ser tratadas como tales.

Como Bloom, veo una poesía poderosa en la apostasía de Joseph Smith, una creación magníficamente imaginativa e ilusoria nacida en el mismo clima de Whitman, aunque sin disfrutar de exactamente la misma calidad de aire. Después de todo, tal vez el mormonismo no esté tan lejos del romanticismo. La afirmación de que es sencillamente cristiano significa obviar su audacia teológica, poética y política. Es mucho más que mero cristianismo. ¿Por qué están tan interesados los mormones en ocultar su tesoro más preciado? ¿Por qué nadie habla en serio de todo esto? En el contexto de la carrera presidencial de ya saben quién, la gente parece estar hablando sin parar del mormonismo, pero su auténtico desafío teológico está completamente ausente de la discusión.

Traducción de Manuel Vela Rodríguez



From the Series Walk New York... 2011, C-print, 22" x 14", original signed, limited edition.